

Oficio de lectura

Josep Nadal Guiu y José Jordán Blecua, nacieron respectivamente en Bell-lloc (Lleida) en 1911 y en Azlor (Huesca) en 1906. Estudiaron en el Seminario de Lérida y tuvieron como primer destino, en calidad de Coadjutores, la parroquia de Monzón, en la que se les conocía vulgarmente como los «curetas de Monzón». Dios quiso que esta unión fuera también intensa en la preparación para el martirio, en el martirio y en la misma sepultura. Era el día 12 de agosto de 1936, en plena persecución religiosa española.

Segunda lectura

Del «Diario íntimo» del Beato Josep Nadal, presbítero y mártir.
(Un sacerdote, camino del martirio, Lérida 2013, pp. 74-81)

Contentos, nos preparamos para el sacrificio

Tengo reuniones con los catequistas. Presiento que se acerca la gran tormenta. Ellos tendrán que administrar los sacramentos, auxiliar a los moribundos, confortar a todo el mundo. Si Dios no pone remedio, acabarán con todos nosotros. La persecución será cruel y la vida de los cristianos será de catacumbas como en los siglos primeros. Se les tiene que preparar. Nos tenemos que armar de oración y vivir de fe y de sacramentos en la medida de las posibilidades.

¡Señor, danos la fortaleza que necesitamos para vivir de fe! Y también, si Tú lo quieres, para saber derramar nuestra sangre en el holocausto como la tuya para la salvación de los hombres.

Con mosén Jordán rezamos el oficio del día de Santiago. Pedimos al santo patrón que salve nuestra pobre España y meditamos las palabras de Jesús: *¿Podéis beber el cáliz?* Y respondemos con los hijos del trueno: *Podemos*.

No nos tiene que faltar tu gracia, Señor, y hacemos la preparación para la muerte y el ofrecimiento de nuestras vidas.

Nos entregamos a la lectura espiritual, al rezo del oficio divino. Y en medio del abandono, ofrecemos nuestras vidas y renovamos una y otra vez la preparación para la muerte.

Apenas podemos conciliar el sueño. Nuestro martirio se alarga. Lo más triste es no poder celebrar la Santa Misa. Tantos años con ansias de ser sacerdote, de ofrecer la Víctima divina para la salvación del mundo y ahora, cuando más lo necesitamos todos, nos vemos privados de ello. Este es nuestro martirio particular.

Señor, *¿cuánto durará este tormento? Padre, aleja de mí este cáliz*. Que pueda tenerte bien pronto entre mis manos, para que seas mi aliento, para entregarte a los hombres.

Pero Señor, *que no se haga mi voluntad, sino la tuya*. Éstos son nuestros sentimientos y deseos; estas, nuestras oraciones, que repetimos una y otra vez.

¿Dónde están nuestras ansias para sufrir y morir por Cristo? ¿Quieres que seamos tus víctimas como lo han sido tantos de nuestros compañeros? Señor, danos tu amor y tu gracia, que con ello tenemos bastante.

La persecución es implacable y la consigna parece clara: no dejar vivo a ningún cura. Renovamos la oblación de nuestras vidas. Contentos, nos preparamos para el sacrificio.

Disponemos de todas nuestras cosas, las pocas que tenemos y nos apresuramos a escribir a nuestros padres y hermanos para despedirnos hasta la eternidad.

Colecta

Dios, Padre nuestro,
que a los beatos Josep y José,
presbíteros y mártires,
con la ayuda de la Madre de Dios,
los llevaste a la imitación de Cristo
hasta el derramamiento de la sangre,
concédenos, por su ejemplo e intercesión,
confesar la fe con fortaleza, de palabra y de obra.
Por nuestro Señor Jesucristo.